

No estamos seguros de que la realización de elecciones sea síntoma de democracia. También los dictadores organizan sus elecciones. Elecciones cuyo desenlace está previsto, y determinado el único resultado que se puede aceptar.

La dictadura se caracteriza por la imposición de los intereses y de la voluntad de una minoría sobre la mayoría nacional. No importa a través de qué mecanismo se impongan esos intereses y esa voluntad.

La democracia, por el contrario, lleva en su entraña el interés y la voluntad de la mayoría. Por muy imperfecta que sea, siempre tiene como horizonte y como entraña íntima la igualdad y la participación. Esta idea la expresa acertadamente Pablo VI e invita a los cristianos a sacar las consecuencias: "La doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática. Diversos modelos han sido propuestos; algunos de ellos han sido ya experimentados; ninguno satisface completamente, y la búsqueda queda abierta entre las tendencias ideológicas y pragmáticas. El cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda, al igual que en la organización y en la vida políticas." (Pablo VI Carta "Octogesima Adveniens" No. 24. En el 80o. aniversario de la Rerum Novarum).

Pues bien, busquemos. ¿Son democráticas o dictatoriales las elecciones venezolanas de 1978? Preguntemos de otra manera: ¿son un paso hacia la igualdad y la participación o un ejercicio de la imposición de los intereses y de la voluntad de una minoría?

Las elecciones deberían ser para elegir entre varias alternativas.

En este caso entre el interés y la voluntad de una minoría que quiere continúen las cosas como están pues ellos se benefician y el deseo de los venezolanos de avanzar hacia una mayor igualdad y hacia la participación económica, social y política. ¿Creen ustedes que ambas alternativas se ofrecen con igualdad de oportunidades para ser consideradas? En la elección lo que no es igual es trampa. Y en las nuestras hay varias trampas que convierten la elección en un acto dictatorial dentro de la "legalidad democrática".

Se calcula en 800 millones el dinero que van a gastar los dos partidos mayoritarios, de los que el 70 por ciento corresponderá al partido de gobierno. ¿Se gastan estos recursos para incrementar la capacidad de elección (democracia) o para reducirla al mínimo imponiendo la continuidad de lo que existe a base de técnicas publicitarias, dádivas electoreras, pequeños sobornos y grandes coacciones? Las formas de "persuasión" (y coacción) usadas por el partido de gobierno superan todo lo conocido en los veinte años anteriores. Sin embargo, esto no es lo más grave.

No creemos que haya ningún demócrata sincero que esté a favor del actual estado de la democracia venezolana en lo que tiene de corrupción y de dominio absoluto de los grupos económicos. Los venezolanos tenemos derecho a exigir de los partidos que propongan alternativas a esta situación y que podamos entrar a discutir las medidas efectivas para salir de ella. Cada partido lo haría a su manera, AD y COPEI en capitalista, MAS, MEP, MIR y PCV en socialista, pero los venezolanos tenemos derecho a exigir alternativas para la situación actual. Por desgracia esas alternativas están vetadas. Los partidos AD y COPEI en años anteriores a 1970 proponían políticas, reformas, medidas. Ahora se disputan el favor de los grupos económicos de tal manera que hay orden de no proponer nada que los pueda molestar. Por eso, sólo se barajan las promesas demagógicas en los barrios y pueblos, mientras que en los cónclaves económicos se hacen ofertas como la de pasar las empresas del Estado al capital privado. Los partidos capitalistas no se atreven a proponer sus reformas porque temen perder el apoyo capitalista. Los mismos partidos socialistas viven la amenaza porque si hablan claro, pierden el acceso a la prensa, a la radio y a la televisión y corren el riesgo de que los capitalistas desaten una de esas campañas manipuladoras de conciencias dirigida a quitar al país la real facultad de elegir.

A esto debemos añadir que los partidos mayoritarios tampoco se atreven a proponer medidas —hoy obvias y bastantes indiscutibles— para sanear la inepta y corrupta burocracia, por no perder el apoyo de quienes dan la adhesión partidista a cambio de un puesto burocrático.

Los estrategas electorales aconsejan que nada de esto se debe hacer.

En estas condiciones las elecciones son un acto plebiscitario donde lo que no logra imponer la publicidad, lo impone el control de la "maquinaria" sobre los votantes. Es decir que esta democracia, la de las clases dominantes, se opone a la urgente necesidad de democratización del país. Así, terminamos en unas elecciones que no son elecciones sino imposición propagandística, en una democra-

cia que no es democracia sino imposición dictatorial de los intereses económicos y con unos partidos dominantes que no son partidos sino "maquinarias" de promesas y control que se ven obligados a ocultar su propio pensamiento reformista o socialista bajo la amenaza de sufrir pérdidas electorales por una campaña de agresión por parte de la oligarquía capitalista.

Y una democracia oligárquica es un híbrido engendrado por la dictadura del mundo económico.

Todo esto parece verdad, sin que deje de serlo la ventaja inmensa de un régimen como el nuestro sobre las dictaduras del cono sur.

A pesar de las escasas posibilidades actuales, sólo será democrática la conducta de los partidos y de los ciudadanos que vaya en contra de esa imposición dictatorial y en favor de una mayor igualdad y participación.

Frente a la organización prepotente y la conciencia enlatada que transmiten los grupos económicos no queda otra alternativa democrática que el aumento de la organización y la conciencia autónoma de los trabajadores. Incluso en un año electoral se puede trabajar por construir la democracia y hasta el voto puede contribuir a quitar algo de poder a los antidemócratas que imponen la dictadura económica y desde ellas las otras dictaduras. ●

MARXISMO Y CRISTIANISMO

Lamentablemente en la reflexión cristiana han estado ausentes temas de gran actualidad. Hubo eclesiásticos que pensaron eliminar el mundo contemporáneo con sólo ignorarlo. Se elaboró el Índice de libros prohibidos para que el cristiano no los pudiera conocer. Y ahí metimos a algunos clásicos de la democracia y del liberalismo y a los marxistas. Podemos decir que era el mundo moderno el que se ponía en el Índice como lo sugirió Pablo VI al defender el Concilio de la acusación de traición a la Iglesia por haberse abierto a la problemática integral del hombre de hoy. "Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio". Dice que esta actitud ha sido "determinada por las distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos, en el siglo pasado y en éste particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana...".

Uno de estos temas es el marxismo. Está ahí como realidad histórica. Frente a él hay dos actitudes erradas, la condena pueril y temerosa y la ignorancia cultivada por una parte y la adoración —no menos pueril— irracional de algo que se descubre por primera vez. Una revista como SIC ni puede ignorar ni puede adorar el marxismo. En eso estamos, porque somos cristianos postmarxistas (no premarxistas) que con distintos matices y opiniones valoran el aporte singular de Marx y de los movimientos marxistas a la historia, pero que también señalan las profundas insuficiencias y las concepciones hoy superadas que ciertos marxismos dogmáticos mantienen todavía con daño de la humanidad.

Hay gente cristiana de buena fe que se sorprende e incluso se escandaliza de que en SIC se aborden estos temas con una actitud no tan cerrada como la que prevalecía hace treinta años. Ello es comprensible. También es muy positiva la postura de quienes abordan el mismo tema con otros enfoques. Pero hay otros que farisaicamente se regodean en la acusación de que tratamos con "publicanos y pecadores". Hacen de su ignorancia cultivada, de su fanatismo y de sus intereses económicos un argumento para acusarnos y para silenciarnos. Ahí está la carta semipública de un conocido empresario venezolano y el editorial de un periódico que se dice católico acusándonos de tratar el tema con el fin de buscar votos para el MAS y el MIR. ¡Como si para votar por esos partidos hubiera que ser marxista o cristiano! ¡Como si estos temas áridos y difíciles sirvieran para atraer votos populares!

Nosotros seguiremos tratando el tema con seriedad y sin demagogia. Hay muchos que desde el campo marxista rechazan la manera como SIC ha abordado la discusión. Hay otros que niegan al marxismo su pretensión de ciencia. Todo ello lo iremos publicando gradualmente seguros de que quienes ignoran y rechazan dogmáticamente al marxismo al igual que quienes ignoran y rechazan absolutamente lo cristiano aportan muy poco al futuro de la humanidad.

Como exige todo diálogo serio, se publicarán también aquellas colaboraciones que han llegado de no cristianos que tienen una valoración muy distinta a la nuestra de lo religioso y lo cristiano.

La serie se inicia en este número con las colaboraciones de Emeterio Gómez y Otto Maduro. El primero es economista y profesor de economía política marxista en la Facultad de Economía de la UCV. De formación marxista y militante socialista. Sus estudios lo han llevado a formular serios interrogantes sobre puntos que eran intocables en el marxismo. Otto Maduro es conocido por nuestros lectores. Profesor de filosofía en la Universidad de Mérida, de formación cristiana y militancia socialista. Se ha dedicado de lleno al estudio del aporte marxista a la comprensión del fenómeno religioso. Su tesis doctoral en Lovaina hace aportes originales sobre este tema. El autor asimila, critica y rebasa el análisis de Marx y Engels sobre la religión. Su obra "Marxismo y Religión" recibió en fecha reciente el Premio Ensayo Conac 1978. ●